

El principio “Arimatea”

Ortiz Cotte, Jesús Alejandro

2014

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/1868>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

El principio “Arimatea”

Por Mtro. Alejandro Ortiz

El pasado viernes 17 de octubre otorgaron, -en el contexto del XI foro de derechos humanos del Sistema universitario Jesuita (SUJ)-, el premio Tata Vasco 2014 al movimiento Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en México (FUNDEM), organización de padres y madres que se organizaron en el 2009 en el Estado de Coahuila para buscar a sus familiares desaparecidos. Empezaron 13 familias que buscaban a 21 personas desaparecidas de la región y actualmente son 120 familias que buscan a más de 420 personas de diferentes estados de la república. En este renglón los datos oficiales dicen que hay 26 mil 567 mexicanos desaparecidos, posiblemente sean más, esto hace que este tema sea de vital importancia para comprender la actual realidad mexicana...pero también un poco de Dios.

En tiempos de muerte injusta y violenta, surge la pregunta, “¿dónde está Dios?” Y aunque es una pregunta incómoda, resulta ser también una pregunta de central importancia para cuestionar nuestra fe, no tanto si creemos o no en Dios sino cómo expresamos en la historia esa fe que decimos tener. Jesús mismo, en la cruz, la realizó: “Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? (Mc. 15,34). Posteriormente los teólogos de Frankfurt volvieron a reproducirla de otro modo: “¿cómo hablar de Dios después de Auschwitz?, Gustavo Gutiérrez, uno de los padres de la teología de la liberación, la actualizó desde la realidad latinoamericana preguntando ¿cómo hablar de Dios *en medio* de Ayacucho? (En Ayacucho se vivió una matanza de cerca de 70,000 peruanos entre 1980 y 2000). Hoy nos seguimos preguntando ¿dónde está Dios en medio de los 26,000 desaparecidos, en medio de los 100,00 muertos por la guerra contra el narcotráfico de Calderón? ¿Dónde está Dios?

Para responder una pregunta tan honda pero a la vez tan necesaria, tenemos que recurrir a la voz de las víctimas mismas, ellas como Jesús de Nazaret, el inocente asesinado injustamente en la cruz por el imperio romano, reconocen mejor que nadie el paso de Dios en la historia, ya que desde su experiencia de dolor y sufrimiento aprecian con claridad dónde está Dios y su justicia. Los primeros cristianos, incomprendidos y perseguidos por creer en Jesús el Nazareno, escribirán los evangelios desde este contexto de persecución y violencia contra ellos. Son escritos subversivos en contra del poder político y religioso de la época. Pero también son el testimonio que en medio de la total oscuridad se puede seguir a Jesús clara y coherentemente. Por eso es importante recordar que los evangelios no lo escribieron los vencedores de la historia sino sus víctimas. Leemos claramente en ellos que Dios “...derriba del trono a los poderosos y eleva a los humildes...” (Lc. 1,52). Esto es un evangelio, que literalmente significa lo que anuncia: la “buena noticia” que Dios está con las víctimas de la historia y no con sus verdugos.

Leyendo los evangelios y oyendo los testimonios de las madres y padres de FUNDEM o de otras organizaciones que buscan a sus hijos en México o en América Latina encuentro que el “principio Arimatea” sigue vigente y actualizado. Estas madres y padres son la actualización de aquel personaje que se narra brevemente en el evangelio de Marcos que se llamaba José de Arimatea, éste hombre que no aparece en ninguna otra parte de los evangelios, sino solamente en los versículos 43 al 46 del capítulo 15 del evangelio de Marcos hizo algo extraordinario que hoy se sigue repitiendo y que tiene un profundo sentido humano y cristiano: “pedir el cuerpo de la víctima” para una digna sepultura. El principio Arimatea es, entonces, la petición valiente y audaz de recuperar el cuerpo de la víctima ante los propios verdugos.

Dice el versículo 43 que José de Arimatea “tuvo la osadía de presentarse a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús”, estos padres y madres de desaparecidos, como lo hizo José de Arimatea, van con el Estado, con los gobiernos, con las autoridades a pedir la búsqueda, la recuperación, la devolución del cuerpo de sus hijos e hijas, de sus esposos o esposas, de sus parientes, de la gente que aman. Y ellos y ellas “tienen la osadía” la valentía, el coraje, la rabia para ir con los propios verdugos a pedir el cuerpo. Recordemos que Pilato sentencia a Jesús a la cruz, él es el verdugo, el representante del imperio, de los dominadores que mandan matar inocentes. Por eso es osado pedir al propio verdugo el cuerpo de la víctima, y estas madres y padres van con la misma osadía a exigir el cuerpo de sus hijos e hijas para, como Arimatea: “comprar una sábana, BAJARLO de la cruz, envolverlo con la sábana y colocarlo en un sepulcro” (v. 46), es decir para darle una “digna sepultura” pero también para demostrar que su hijo o hija no es un dato más, no es un daño colateral más, no es como dicen ellos un perro que puede morir como sea, sino para demostrar que su hijo es una persona, es un humano, es un hijo e hija de Dios que han sido asesinados injustamente pero que también como hijos e hijas amadas por Dios resucitarán. Esta también es nuestra fe: «Si los muertos no resucitan, tampoco Cristo ha resucitado» (1 Co 15,13.16).

Estos padres y madres buscando justicia para sus hijos pero construyendo un país diferente son el mejor ejemplo para vivir nuestra fe hoy. Solo nos queda, como ellos, como José de Arimatea, en medio del infierno, “bajar de la cruz a la víctima”. Esta acción es la que nos puede devolver la coherencia a los cristianos que profesamos la fe en Jesús, la verdadera reforma que busca la Iglesia, seguir su ejemplo hoy “detectando” los nuevos *Gólgotas*, es decir, los nuevos lugares donde se mata, se tortura, se despedaza a la víctimas inocentes de hoy, y ahí, en esos lugares de muerte bajarlos de la cruz, darles nombre, recordar su vida, exigir su justicia, generar esperanza y fortalecer nuestra fe. Bajar de la cruz a los crucificados para darles digna sepultura encierra desde contextos violentos y crueles una de las acciones más coherentes con el Dios de la misericordia y amor que proclamó Jesús de Nazaret.

Por lo anterior, según parece, Dios ya no está en el cielo ni sentado en una nube, a Él que también le mataron injustamente a su hijo, está haciendo fila -angustiado, impotente, desesperado-, en el ministerio público, en el hospital, en los “separos”, preguntando a la gente, pegando fotos en los postes y gritando en la calle ¿dónde está mi hijo? Devuélvanmelo.